



ARTÍCULO
 PRESENCIA. MIRADAS DESDE Y HACIA LA EDUCACIÓN, N.1

Colegio Stella Maris <http://www.stellamaris.edu.uy/>
 Montevideo - Uruguay
 ISSN 2393-7076

Tres artistas uruguayos

Dr. Didier Calvar

El campo artístico se encuentra plagado de diversos casos de creadores que se han visto excluidos de poder transmitir exitosamente su actividad.

Es notoria la idealización pergeñada en el siglo XIX alrededor de la bohemia artística, como una elección personal de mantenerse al margen de la sociedad, cuando la realidad –la mayoría de las veces– indicaba que ese constructo tardorromántico no coincidía cabalmente con la situación de exclusión sufrida por muchos artistas.

Nos referiremos a tres casos de artistas uruguayos que padecieron, por diversas razones, la marginalidad del sistema de la cultura del *mainstream*, comenzaremos entonces por **Rafael Pérez Barradas** (1890-Montevideo-1929), un personaje que ha cosechado el merecido reconocimiento de la sociedad uruguaya, y que este se ha traducido en el nomenclátor de calles y mega exposiciones oficiales, como la celebrada en el Museo Nacional de Artes Visuales de Montevideo en 2013.

La mayor parte de su trayectoria se desplegó en España, al punto que un gran número de críticos de ese país lo llega a considerar como un artista español.

Barradas se vinculó con lo más destacado de la vanguardia madrileña y barcelonesa, relacionándose con personajes de la talla de Buñuel, Dalí y García Lorca.

Sus inicios como caricaturista en Montevideo le permitieron desarrollar una afinada técnica del dibujo que le permitió luego actuar como un excelente ilustrador en la Editorial Estrella de Gregorio Martínez Sierra (Madrid).

En Barcelona mantuvo estrecho contacto con Joaquín Torres García, influyendo sobre el viejo maestro en lo que respecta a la fascinación por el ritmo trepidante de la gran ciudad, que Torres experimentará luego en su experiencia neoyorquina.

Barradas, con principios tomados del cubo-futurismo, plasmará la vida de las Ramblas barcelonesas en clave de escenas simultáneas que se presentaban al espectador en un mosaico de *flashes* urbanos, cartelería superpuesta, *trencadís* gaudiniano en el suelo, compuesto por trozos de azulejo, circulación de paseantes, bicicletas y automóviles que contribuyeron a conformar un escenario representativo del movimiento que el propio autor denominó como *Vibracionismo*, en alusión al ritmo de la modernidad.

El interés de Barradas por la sociedad que le tocó vivir se tradujo igualmente en *estampones* que revelaban una serie de personajes montevidianos que se mantenían en su recuerdo de adolescente, del estilo de “Los Cajetillas”, así como de españoles, a los que llamó “Los Magníficos”.

Nos presentan un mundo de crítica mordaz, así como de dignificación del mundo del trabajo en esos campesinos castellanos, catalanes y aragoneses, que representó con prominentes manos curtidas.

Manos que se transformarán en plegarias, en escenas religiosas, próximas al final de sus días, en una obra dedicada a la *Virgen, José y el Niño Jesús* (1928).

Su carácter multifacético, de pintor, ilustrador, caricaturista y autor de decorados teatrales, entre los que destacan el realizado para la obra de Lorca “El maleficio de la mariposa” (Teatro Eslava, Madrid, 1920).

Luego de contraer tuberculosis, su situación se deterioró en todos los planos, no consiguió los decididos apoyos que esperaba y se retiró a morir en su tierra.

Varios amigos le organizaron una calurosa bienvenida en el Teatro Solís de Montevideo, que se transformó en una triste despedida, ya que a los pocos meses falleció.

A finales de la década de 1960 su familia donó al Estado uruguayo la obra del artista, que se custodia en el Museo Nacional de Artes Visuales, con la esperanza de crear un Museo Barradas, que aún no se ha concretado.

Otro caso diferente lo constituye el de **Raúl Javiel (sic) Cabrera**, un pintor uruguayo menos conocido, y sin reconocimiento internacional, pero que nos permite reflexionar sobre el paradigma del artista excluido.

“Cabrerita”, como se le conocía corrientemente, comenzó su vida siendo relegado por huérfano y la acabó institucionalizado en la Colonia Etchepare, un centro para enfermos psiquiátricos, otra forma de exclusión a quienes demostraban ciertas conductas que son difíciles de determinar estrictamente como patologías, pero que sin duda lo convirtieron en un ser diferente.

Su pasión se canalizó hacia la creación artística y si bien su obra estriba particularmente sobre la representación de niñas que se parecen a muñecas, llevadas a cabo con una técnica algo ingenua, sin la aplicación de parámetros que la tradición considera como pilares como la perspectiva, a nuestro juicio, revisten un enorme valor en lo que a la transmisión de vivencias se refiere.

Una niña rubia, que le llamó la atención cuando estaba sentada en unos escalones, disparó una serie de obras que no sabemos cómo operó en la memoria emotiva del artista, pero se transformó en un *leit motiv* de su producción.

Nos remite a la infancia, la inocencia, el juego, etapas que Cabrerita recorrió con extremo sufrimiento.

Su pobreza lo empujó a que debiera ofrecer dibujos a cambio de comida, así como algunos aprovecharon en la Colonia su generosidad para conseguir gratuitamente sus pinturas.

La gestión de buenas personas que se compadecieron de su situación, y considerando que no era un paciente peligroso, se le permitió que en los últimos años de su vida fuese acogido en casa de una familia que vivía en Santa Lucía, la localidad donde se encuentra emplazado el centro psiquiátrico en el que se hallaba internado.

El último artista que mencionaremos es **Alfredo “Lucho” Maurente** (1910 - San Carlos, Maldonado-1975), un pescador, un personaje sin formación artística, que de forma artesanal, y exhibiendo la paciencia de un hombre de mar, consiguió erigir esculturas de cierto porte en el balneario La Paloma (Rocha). Su obra es el resultado de una religiosidad popular, la cual permitió que “Lucho” se dedicara a realizar un Cristo y una Virgen, que en la actualidad han sido restaurados, así como a la decoración del puesto de pescado que tenía en la playa rochense.

Su técnica despertó la curiosidad de algunos turistas argentinos, en particular un cordobés que llevó a su ciudad una serie de sus esculturas en piedra construidas por “Lucho”.

Para algún crítico su factura podía haber adolecido de cierta tosquedad, pero resulta conmovedor e interesante la consecución de obra religiosa tanto como de temas marineros de corte *naïf* que alcanzó el artista.

Una escultura de un pescador en cemento y arena recibía al cliente del puesto que anunciaba su típico “Copetín con mariscos”.

Según afirma Pablo Thiago Rocca, “Lucho” comenzó tallando trozos de madera que traía el mar, como forma de entretenimiento, en momentos de inactividad invernal”.¹

Su intento de pintar escenas de bailes, retratos y paisajes no fue ya tan exitoso entre su público, ni tampoco su iniciativa de sindicalizar a los pescadores. Según Nelson Di Maggio, este hecho muy posiblemente haya determinado que su negocio de playa y su Cristo de las dunas de La Paloma, fuesen removidos del lugar por la dictadura militar.²

Según sostiene Hugo Luján Amaral, no pudo sobreponerse a la demolición de su primitivo “restaurante”, y se marchó a su pueblo natal, San Carlos, donde fue hallado muerto al poco tiempo en su cama, vestido con traje, y víctima de la depresión que le había causado haber perdido su trabajo y el espacio que había construido con tesonera dedicación.³

En 1972 Maurente fue invitado por Enrique Gómez a exponer en su Galería U, y llamó la atención de varios montevidianos del circuito formal del arte.⁴

En los años setenta el arte llamado ingenuista concitó el interés de galeristas y críticos y en la actualidad se despertó nuevamente la curiosidad sobre este tipo de manifestaciones que llenan espacios del dictado de novedad que alimenta el *marketing* artístico para hacer funcionar el circuito comercial. A modo de ejemplo, en la LV Bienal de Venecia (2015) se dedicó una sección al *Outsider Art*.

Los artistas mencionados, en circunstancias de vida muy diferentes, padecieron la incompreensión y la exclusión, la vida de bohemia no fue una simple elección sino que a veces resultó un condicionamiento por no haber podido acceder a los canales de difusión oficiales. Entre ellos destaca sin duda Rafael Barradas, que fue el único que

¹ ROCCA, PABLO THIAGO, *Arte Otro en Uruguay*, Linardi & Risso, Montevideo, 2009, p.146.

²DI MAGGIO, NELSON, “Obrero, pescador, escultor y pintor”, 2/2/04, recuperado de lr21.com.uy el 9 de agosto de 2015.

³LUJÁN AMARAL, HUGO, “Maurente, “Lucho”: escultor, cocinero, siete oficios y sobre todo seductor”, 24/10/05, recuperado de lr21.com.uy el 9 de agosto de 2015.

⁴*El País*, Montevideo, 24/5/72.

consiguió un sitio destacado en el olimpo artístico uruguayo, en la medida que interpretó las corrientes vanguardistas de una forma personal y actuó desde el centro, mientras que los otros dos artistas señalados, apenas lograron un pequeño lugar en la Historia del Arte uruguayo y son especialmente representativos de un mundo marginal que gravita en la periferia de los circuitos artísticos oficiales.

Bibliografía

Calvar, D. (2015), *Las Manifestaciones artísticas en Uruguay (1955-1975)*, de la contraposición figuración-abstracción a la desmaterialización del arte, tesis doctoral inédita, UPO, Sevilla, registrada en TESEO del Ministerio de Educación Ciencia y Deporte del Gobierno de España (2015).

Rocca, P. T. (2009), *Arte Otro en Uruguay*. Montevideo: Linardi & Risso

Sitios webs donde se pueden encontrar las obras de los artistas mencionados:

<http://autores.uy/>

<http://www.museos.gub.uy/artefactivo/>